

Soporte cultural de la lírica trovadoresca

Araceli DÍAZ CERECEDA

Universidad Rey Juan Carlos

Real, E.; Jiménez, D.; Pujante, D. y Cortijo, A. (eds.), *Écrire, traduire et représenter la fête*, Universitat de València, 2001, pp. 71-77, I.S.B.N.: 84-370-5141-X.

La Edad Media meridional francesa se distingue especialmente por la creación de la poesía lírica. Poesía admirada e imitada por toda Europa hasta la llegada del Renacimiento.

La fascinación que ejerce es debida a una concatenación de hechos muy curiosos y apasionantes. Sería lógico pensar que el soporte social estaba preparado para recibir este renacer intelectual dormido desde las literaturas clásicas. Pero, paradójicamente, esta poesía no cayó en campo abonado, sino que fue ella la que removió los sustratos culturales. Dice Jeanroy:

Loin de s'expliquer par les conditions où elle naquit, elle semble en contradiction avec ses conditions. Éclore dans une société profondément christianisée, où la morale la plus pure est prêchée par un clergé tout puissant qui en surveille étroitement la pratique, où les liens de famille sont très forts, où la loi civile fait à la femme une situation de plus humbles.¹

De pronto irrumpe la poesía rompiendo los esquemas sociales y el espíritu del Evangelio. La función de los poetas alcanza un valor increíble, su libertad es total, se convierten en la voz del pueblo, intervienen en decisiones políticas, divulgan las ideas, el amor es sinónimo de vida, de existencia, hace buenos a los malos y mejores a los que ya poseen la bondad, el amor adúltero es una manifestación más de este revivir. El hombre exalta a la mujer de la que llega a ser su juguete. Todo esto se manifiesta con una gran riqueza de sentimientos y se expresa bajo fórmulas intelectuales.

El arte de los trovadores, poético y musical, nace de una aristocracia culta que quiso y pudo ayudar a unos poetas dotados de un espíritu amplio, refinado

¹ Jeanroy, A., *La poésie lyrique des troubadours*, Genève, Slatkine Reprints, 1973, p. 62.

y valiente que pudo con todas las normas establecidas. Jeanroy lo dice de esta manera: «[...] cette explosion d'esprit païen dans un pays et un siècle si profondément christianisés, ce défi audacieusement jeté à toutes les lois morales et sociales dans une société si rigoureusement disciplinée et hiérarchisée».²

Esta poesía lírica, artística y elegante, goza de las influencias normales a todo movimiento incipiente y la de todas las circunstancias que se encontraron reunidas en tiempo y lugar en el «Midi» francés al final del siglo XI hasta finales del XIII. Circunstancias comunes a todos los trovadores que la escribieron, juglares que la extendieron y aristocracia que supo protegerla.

Veamos ya la trayectoria de estas circunstancias.

Sabemos que las tierras comprendidas al sur de la línea imaginaria que va desde el Océano Atlántico, al Norte de la Gironde, hacia el Noreste, hasta los Alpes, han estado pobladas desde muy antiguo. Son tierras bordeadas por altas montañas, Macizo Central, Alpes y Pirineos, refugios casi inexpugnables, donde los antiguos pobladores siempre pudieron permanecer sin dejar de recibir la influencia de los que iban llegando.

El hombre de la cavernas ha dejado numerosos restos desde el Perigord hasta los Alpes. La época neolítica y del bronce está representada por la cultura de lo que fue después el pueblo vasco, que se extiende, no sólo a los lados de los Pirineos, sino también a la Meseta Central y a los Alpes provenzales. Es una población con una cultura e idioma comunes que, en sus orígenes debía ocupar todas las costas del Mediterráneo.

Este primer fondo racial será la base de todas las culturas aportadas por los pueblos llegados antes de acabar la Prehistoria. La historia antigua nos habla de la llegada de los ligures en el 2º milenio a. de C. Once siglos más tarde llegan los celtas con su cultura halstattiana del hierro. Quinientos años antes de C. vienen, a través de las costas mediterráneas, los íberos de origen africano. Entre los siglos VI al III a. de C. hará su aparición la cultura helénica, gracias a los emporios comerciales que se asientan en la costa alrededor de Marsella. A finales del siglo IV a. de C. aparecieron unos nuevos celtas, los galos, que aglutinaron todas las pequeñas poblaciones anteriores, formando el sustrato sobre el cual se llevará a cabo la gran romanización.

² *Ibid.*, p. 88.

La civilización romana penetró en la «Gaule» por Provenza y por el Languedoc, (no olvidemos que estas tierras eran paso obligado para ir de Roma a España) exactamente por Marsella y Narbona que ya habían conocido anteriormente la civilización griega. Se crearon escuelas de enseñanza superior que adquirieron rápidamente mucha fama.

La evangelización también entró por el Mediodía francés. Los visigodos eran arrianos, poseían además de España, las tierras situadas entre el Loire y los Pirineos, así como el Languedoc y Provenza, pero nunca impusieron ni su religión ni su cultura, llegando a convivir en perfecta armonía príncipes arrianos con obispos católicos. Las invasiones germanas se encuentran con una población en paz desde hacía siete siglos y una civilización muy avanzada. Estas causas hicieron que la región tuviera en los primeros siglos de nuestra era una vida intelectual y artística mayor que en el resto de las provincias. Hasta la época de Carlomagno la cultura estaba en el Sur. Carlomagno la extendió a todo su imperio. Pero la asimilación de esta cultura es mucho más profunda y vital en la parte meridional debido a una herencia más rica y conservadora de la romanización, ya que la influencia eclesiástica y la contaminación germánica no invadieron, como en el Norte, las actitudes mentales y fueron mucho más permeables a la civilización mozárabe impulsada por sus intercambios culturales con el norte de España. La fidelidad a la tradición latina, el renacer carolingio y la asimilación de ciertos mensajes islámicos hicieron a los pueblos meridionales más vivaces, profundos y receptivos.

La Iglesia reconocida oficialmente se convierte en la heredera de la cultura antigua. Los padres latinos legarán a los siglos posteriores su «eloquentia christiana» basada en el estudio del Trivium y el Quadrivium. Esta nueva civilización cristiana se irá desarrollando, dando lugar a una cultura mantenida, protegida y desarrollada por la Iglesia, en la que el saber de los grandes filósofos era sustituido en buena parte por el saber cristiano.

En el siglo VIII un nuevo pueblo irrumpe en la historia del Mediodía francés, los árabes. Militarmente fueron derrotados muy pronto por Carlos Martell en Poitiers pero fueron numerosos los que se establecieron como ciudadanos que ejercían sus oficios y profesiones. Este asentamiento musulmán trajo la verdadera libertad de conciencia y culto. «Dejaron huellas que aún tienen de

pintoresquismo la comarca de Languedoc, su dialecto, sus costumbres y el carácter de sus habitantes».³

La influencia árabe fue suave y fértil; la elegancia en el vestir, la finura de sus sedas, los adornos que portaban, causaron admiración. Fueron los primeros en la aún balbuciente Europa que sabían narrar exquisitas fábulas y cantar poesías eróticas. Estos árabes eran, en buena parte, profesores, médicos y gente intelectual que encontró en estas tierras una población abierta al intercambio cultural. En la escuela de medicina de Montpellier se hallaba el espectáculo de profesores tan dispares como un canónigo, un sabio árabe o un rabino judío.

Esta mezcla de razas y culturas da origen al espíritu occitano: rapidez intelectual, indiferencia ante las conquistas de masas, permeabilidad a todo aporte exterior, gran tolerancia... En este rico rescoldo de pueblos y culturas se desarrollará la literatura trovadoresca.

Se ha intentado encuadrar esta literatura como nacionalista (esta tendencia aparece en la nota de Mistral sobre la cruzada Albigense, en el canto Y de Calendal. En el siglo XIX se extiende la idea de que el signo de nacionalidad viene dado por la existencia de una lengua particular), o regionalista (los partidarios de este regionalismo también pretenden apoyarse en Mistral, ya que cantó casi exclusivamente a Provenza; pero, al igual que Cervantes escribiendo sobre Don Quijote escribía sobre el hombre universal, así Mistral en sus cantos provenzales es a este hombre universal al que está cantando), y ni nacionalista ni regionalista, es cuestión de civilización. Una civilización construida desde muy antiguo, que los trovadores de los siglos XII y XIII supieron globalizar y expresar con su «gai saber».

La literatura se apoya en la lengua y la lengua provenzal⁴ es el vehículo de expresión de una comunidad que ha sabido a través de los siglos apropiarse de todas las civilizaciones que han pasado por su historia. Así el antiguo latín vulgar se verá enriquecido con los sustratos celtas, griegos, fenicios y seguirá enriqueciéndose al paso de los árabes, castellanos, aragoneses, catalanes y, como no,

³ Montanelli, Indro y Gervaso, Roberto, *Historia de la Edad Media*, Barcelona, Plaza & Janés, 1966, p. 299.

⁴ El problema que se plantea con el término provenzal u occitano no es nuevo... En el siglo XI se llamaba lengua de Oc a la lengua en que escribían los trovadores... Parece ser que aunque llamada lengua provenzal en el siglo XIII, esta denominación se hace extensiva a los trovadores anteriores a esta época y más tarde se impondrá como la lengua provenzal clásica. (Blanco, p. 9).

de los franceses. La lengua de los trovadores no es puramente culta, aglutina toda esta cultura antigua con la lengua hablada en las ciudades. Ésta se desarrolló más libre y tempranamente en la vida comercial, política y administrativa. La lengua literaria es más difícil y hermética. La combinación de las dos originó la lengua de la civilización trovadoresca. La literatura provenzal es tan aristocrática como popular. Y sus más grandes representantes son desde príncipes a humildes monjes, pasando por todas las escalas sociales. Así de universal es en su fondo, en sus escritos y en sus formas.

La mayor parte de los estudios realizados sobre la Edad de Oro de las lenguas occitanas están realizados sobre la poesía lírica. La crítica ha hecho algunos intentos por demostrar que todos los géneros literarios han tenido su sitio en la historia de los trovadores, pero si medievalistas tan importantes como Jeanroy y Fauriel no se ponen de acuerdo, es de suponer que estos estudios están todavía en mantillas.

Lo que sí está claro es que la poesía lírica se impone a todos los demás géneros por múltiples razones. Se considera a Guillermo IX, duque de Aquitania, el primer trovador y de él se conservan exclusivamente poesías líricas de tema cortés. Dado que era un príncipe influyente, su obra tuvo una enorme repercusión, teniendo en cuenta además que su nieta Leonor de Aquitania, como esposa de Luis VII de Francia y en segundas nupcias de Enrique II de Inglaterra, extendió y puso de moda en las demás cortes este tipo de lírica.

El amor cortés, sin embargo, no fue el único tema. Tenemos sobrados ejemplos. Marcabré es un misógino de la épica, sus romances y «pastourelles» son de un ritmo prodigioso. Los poemas de Arnaut de Mareuil son dulces efusiones de ternura, llenas de penetrante voluptuosidad. El humor del Monje de Montaudon es de estilo rabeliano, de malicia honesta y franca, sus sátiras de costumbres divertirán a los más exigentes de la época.

Parece que todo el territorio de esta lengua estaba esperando un cierto impulso creador para sacar de sí mismo este arte de trovar que se extendió por doquier. La aristocracia lo acogió con alegría y desenvoltura; los trovadores fueron bien recibidos en todas las cortes, los señores rivalizaban por protegerlos. La cultura se puso de moda y no olvidemos que los trovadores poseían una iniciación clásica; fueran del rango social que fueran, todos conocían la cultura popular y eran estudiosos de los clásicos

La sociedad refinada, frívola, elegante, amante de la belleza, despreocupada de los temas trascendentales, favoreció en gran medida este triunfo cultural y poético que influyó enormemente en el resto de los países.

La actividad poética de los siglos XII y XIII fue enorme. existen poesías de unos 400 trovadores y de otros 70 más, de los que se desconocen sus obras pero encontramos sus nombres en uno u otro lugar. Estas poesías ya fueron reunidas en antologías en aquellos siglos, pero es posible que mucha de esta riqueza se haya perdido.

Las obras que poseemos provienen de trovadores de todas las clases y condiciones. Se pueden hacer grandes grupos:

Nobles. Entre ellos el primero conocido Guillaume de Poitiers, duque d'Aquitania; Jaufre Rudel, principe de Blaye; Bertran de Born, vizconde. Se sabe de 5 reyes, 10 condes, 5 marqueses, etc.

De humilde condición. Marcabré, nacido en Gascoña, era hijo ilegítimo; Bernard de Ventadour, hijo de criado; Giraut de Bornelh y Guiraut Riquier eran de las capas bajas de la sociedad.

Burgueses. Bartolomé Zori era hijo de mercader; Elias Cairel del Pedigord era grabador, etc..

Mujeres trovadoras. Béatrice, condesa de Die; Marie de Ventadour; Gaudairenca de Miraval; Blanchemain de Forcalquier, etc..

Trovadores que acabaron sus vidas en un convento. Bertran de Born, Folquet de Marseille que llegó a ser obispo de Toulouse; Guy Folqueys llegó a ser el Papa Clemente IV, etc..

Eclesiásticos que fueron al mismo tiempo trovadores. Se han encontrado alrededor de diez y seis, de los cuales dos eran obispos y los demás canónigos. La Iglesia varió bastante la conducta con respecto a estos hombres. Tenemos a Gui d'Ussel, canónigo de Brionde, que fue obligado a jurar ante el Papa su renuncia a la poesía profana; Daude de Prades, canónigo de Maguelone, nunca fue molestado por sus superiores. Curioso es el caso del monje de Montaudon, mientras fue clérigo, que tenía permiso para recitar sus poesías en los castillos de los alrededores con la condición de llevar al convento todos los regalos y ofrendas que le hicieran.

Clérigos que abandonaron los hábitos para ser trovadores. Los biógrafos provenzales nos cuentan que varios clérigos cuando alcanzaron la edad adulta se enamoraron de los placeres mundanos y dejaron su oficio eclesiástico por el

trovar. Estos son: Arnaut de Marueilh, Gausbert de Pucibot, Pierre d'Auvergne, Peire Rogier, Peire Cardenal, Raimon de Cornet, Lambert, Uc Brunec, Bazas, Aimeric de Belenoi, Guilhen de Rainol d'At y Peire de Montaudon.

Todos tenían en común su gran amor a la poesía lírica. El entusiasmo que despertaron en todas las capas sociales hizo que los poetas ocuparan un lugar en la sociedad que hacía siglos no tenían ni han vuelto a tener. Ellos prepararon y realizaron la culturización de esta sociedad medieval.